

Los santos como estímulo para la santidad de la Iglesia

José-Damián Gaitán de Rojas, o.c.d.

UNIVERSIDAD SAN DÁMASO

MADRID

RESUMEN Con el Concilio Vaticano II y su decidida apuesta por la llamada universal a la santidad se dio un paso muy importante hacia una visión de los santos y de la santidad mucho más acorde con la propia fe cristiana, sobre todo por lo que respecta a la relación entre la santidad personal y la santidad como condición y cualidad de la Iglesia, Cuerpo de Cristo. Dicha apuesta ha tenido su continuidad en el magisterio posterior de los Papas, y es deudora también de aportaciones de gran trascendencia de algunos teólogos de nuestro tiempo. En la práctica, sin embargo, queda aún mucho por realizar a la hora de hacer llegar todo este inmenso caudal positivo a lo que es la vida concreta de los cristianos y de la Iglesia en general, y del quehacer teológico, en particular.

PALABRAS CLAVE Santo/s, Testigos, Iglesia.

SUMMARY *Vatican Council II made great emphasis on the universal call to holiness thus taking a fundamental step in modernising our concept of the saints of the Church. Holiness has been seen as consistent with the Christian Faith itself especially in the relationship between personal holiness and as a specific condition and quality of the Church as the Body of Christ. This important step has influenced papal teaching since the Council and been the basis of outstanding contributions on the part of some present-day theologians. Still, there remains much to be done in general to make this enormous treasure touch the practical daily lives of Christians and, more specifically, to become an influence on the task of theology.*

KEYWORDS *Men and women saints, Witnesses, Church.*

En el libro del Apocalipsis leemos el siguiente texto: “Reina el Señor, nuestro Dios, dueño de todo, alegrémonos y gocemos y démosle gracias. Llegó la boda del Cordero, su esposa se ha embellecido, y se le ha concedido vestirse de lino resplandeciente y puro —el lino son las obras de los santos—” (Ap 19,6-8).

Pienso que este es un texto muy oportuno y sugerente para empezar la presente exposición sobre “los santos como estímulo para la santidad de la Iglesia”. En él me parece ver claramente expresado no sólo que los santos embellecen la Iglesia en cuanto Esposa de Cristo, sino que además estos, su vida y sus obras, son un don que Dios hace a la Iglesia Esposa, a la cual se le ha concedido vestirse del lino resplandeciente, que son, como se afirma expresamente, “las obras de los santos”.

I. SANTIDAD Y CRISIS

Por razones diferentes en estos últimos cincuenta años hemos pasado de vivir una forma de comunión anímica con los santos en la liturgia y fuera de ella, a una cierta indiferencia ante los santos del pasado y el estímulo que su ejemplo puede significar para la vida de la Iglesia de hoy en general, y la de cada cristiano en particular; hemos pasado, sobre todo desde los días del Vaticano II, de la euforia, porque todos estamos llamados a la santidad, a una cierta atonía generalizada frente a semejante llamada. En el fondo es como si, en la práctica, en estas últimas décadas se nos hubiera olvidado un poco a todos las enseñanzas de la *Lumen Gentium*, que en el capítulo V habló de la llamada universal que Dios hace a todo hombre, aquí y ahora, a vivir la realidad y la experiencia de la participación en la santidad de Dios mismo, hijos en el Hijo, y guiados por el Espíritu Santo; y que, al tratar en el capítulo VII sobre la “índole escatológica de la Iglesia peregrina en este mundo”, subrayó su actual comunión con los santos de la Iglesia celeste.

Por otra parte, la palabra santidad sugiere sobre todo plenitud, y no podría ser de otra manera, dado que es Dios la santidad misma y la fuente de toda santidad. Mientras que crisis parece indicar más bien lo opuesto. Por lo mismo, podría verse como un contrasentido arrancar el presente discurso con semejante reflexión, juntando además aquí en un mismo apartado ambos conceptos. Pero estas son dos realidades que están más relacionadas entre sí de lo que pudiera parecer. De hecho, por muchas crisis y purificaciones ha de pasar el hombre, que es criatura débil y pecadora, en su caminar a través de la historia, y para caer en la cuenta de que sólo en Dios, en su santidad, puede encontrar su verdadera plenitud. Por otra parte, el Dios Santo no desea otra cosa que ser

fuente de fortaleza y “sanidad” para el hombre, que, sin embargo, en la práctica vive tantas veces ajeno al valor y riqueza que es en sí y para él ese Dios amor.

En este sentido me resultó llamativo hace unos años lo siguiente. La revista *Concilium* publicó un número titulado “¿Cristianismo en crisis?”¹. En sus páginas se encuentran análisis un tanto críticos respecto de la respuesta que nosotros los cristianos estamos dando a los retos de la sociedad de hoy, especialmente en el ámbito de nuestro mundo occidental. La mirada sobre esa realidad era crítica, y eso que los artículos de dicha revista se escribieron antes de la crisis económica y social por la que la sociedad –y la Iglesia con ella– ha pasado en estos últimos años y sigue viviendo aún². Una cosa me pareció, sin embargo, muy interesante en aquel momento, y que encuentro igualmente válida para hoy. La invitación, al final de dicho número de *Concilium*, a saber mirar a los santos y a los testigos que gracias a Dios se han dado y se siguen dando en todos los tiempos; también en el nuestro.

Elizabeth A. Johnson tituló su artículo “Un fuego enciende otro: las crisis y el liderazgo de los santos y las santas”³. Y unas páginas más adelante F. Javier Vitoria Cormenzana dio el siguiente título al suyo: “Alentados por los rumores de un silencio tenue”⁴. Palabras suyas son las siguientes: “En los momentos más oscuros y en los lugares más sombríos del siglo XX siempre ha habido en nuestro entorno ‘una gran nube de testigos’ (Heb 12,1-2)”⁵. Y también:

El cristianismo actual necesita recordar y narrar historias contemporáneas de sabor evangélico, que actualizan biográficamente la tradición

1 *Concilium* 311/41 (2005) 285-439.

2 Oí decir hace años que en los documentos oficiales de la Santa Sede se procuraba evitar tanto la palabra “problema” como la palabra “crisis”. De hecho esto es algo que se puede comprobar, por ejemplo, en el caso de las dos primeras encíclicas de Benedicto XVI. Por eso mismo, sin embargo, resulta curioso ver la profusión con la que en *Caritas in veritate* (2009) se habla de “crisis” (en la versión latina de dicho documento de utiliza tanto la palabra latina “crisis” como, la sin duda más clásica, “discrimen”). Se reconoce que en estos años la sociedad está pasando por una “crisis” provocada por causas diferentes, incluidas las espirituales (cf. 76), cuyas consecuencias se dejan sentir en muchas dimensiones del vivir humano, también en el mundo de la religión. Idea que Benedicto XVI vuelve a reafirmar dos años después (2011), aunque de forma más breve, en *Porta fidei* 2: “Mientras que en el pasado era posible reconocer un tejido cultural unitario, ampliamente aceptado en su referencia al contenido de la fe y a los valores inspirados por ella, hoy no parece que sea ya así en vastos sectores de la sociedad, a causa de una profunda crisis de fe que afecta a muchas personas”.

3 Cf. *Concilium* 311/41 (2005) 405-413.

4 Cf. *Ibid.*, 427-434.

5 *Ibid.*, 431.

de Jesús de Nazaret [...] El siglo pasado produjo una rica cosecha de las que llamamos historias intempestivas de solidaridad [...] Cada una de esas historias constituye un pequeño relato de un hombre o de una mujer que, con sencillez, pretendió ser bueno como Dios es bueno [...] Todas ellas son reales como la vida misma⁶.

En su artículo dicho autor no da nombres, pero todos tenemos en la mente algunos de estos testigos y maestros, contemporáneos nuestros, que, habiendo sido movidos por el evangelio, han aportado su grano de arena, y con frecuencia algo más, a la construcción de un mundo más fraterno, más humano, más según Dios.

En este sentido Juan Pablo II, refiriéndose a la experiencia vivida en el Año Santo Jubilar del 2000 recientemente concluido, escribió:

La viva conciencia penitencial no nos ha impedido dar gloria al Señor por todo lo que ha obrado a lo largo de los siglos, y especialmente en el siglo que hemos dejado atrás, concediendo a su Iglesia *una gran multitud de santos y de mártires*. Para algunos de ellos el Año jubilar ha sido también el año de su beatificación o canonización. Respecto a Pontífices bien conocidos en la historia o a humildes figuras de laicos y religiosos, de un continente a otro del mundo, la santidad se ha manifestado más que nunca como la dimensión que expresa mejor el misterio de la Iglesia. Mensaje elocuente que no necesita palabras, la santidad representa al vivo el rostro de Cristo⁷.

Puede que nuestro cristianismo esté en crisis, como lo ha estado en tantos otros momentos de la historia. Para un creyente esto en sí mismo es ya un reto⁸. Pero, para salir adelante creo que la solución no está en quedarse sólo en el análisis y la búsqueda de las causas de los problemas. Los testigos

6 *Ibid.*, 430-431. Recientemente esta misma revista ha dedicado un número entero al tema de la santidad, aunque con una dirección más bien crítica respecto de ciertos modos tradicionales de concebirla y presentarla: "Repensar la santidad": *Concilium* 351/49 (2013) 325-455.

7 *Novo millennio ineunte* 7.

8 A este propósito cf. F. RUIZ SALVADOR "La dinámica eclesial", en su libro *Caminos del Espíritu. Compendio de teología espiritual* (Madrid ⁵1998) 503-548.

de Dios y del evangelio, tanto los de nuestro tiempo como los de ayer, serán sin duda, hoy al igual que en el pasado, medicina de Dios para cuantos a ellos quieran o logren acercarse⁹. Quizá por eso mismo, meses atrás oí el comentario de uno que venía a decir más o menos así: ¿Estamos en crisis? Este es precisamente nuestro mundo y nuestra sociedad. Como lo fue en otras épocas para otros muchos cristianos y santos del pasado, que, lejos de dejarse arrinconar por las dificultades de su tiempo, siempre supieron encontrar, ante las mismas, respuestas creativas.

Esto es lo que se puede llamar el sentido social de la santidad. Así, por ejemplo, el Papa Francisco, después de invocar el ejemplo de santos como su patrono san Francisco de Asís y la madre Teresa de Calcuta, afirma a este respecto: “Una auténtica fe –que nunca es cómoda e individualista– siempre implica un profundo deseo de cambiar el mundo, de transmitir valores, de dejar algo mejor detrás de nuestro paso por la tierra”¹⁰.

II. LA IGLESIA HACE A LOS SANTOS Y LOS SANTOS HACEN (CONSTRUYEN) LA IGLESIA

Desde el punto de vista de la fe cristiana existe una estrecha relación entre los santos y la Iglesia. Parafraseando de alguna manera a H. de Lubac en aquello de que “la Iglesia hace la Eucaristía” y “la Eucaristía hace la Iglesia”¹¹, creo que se puede decir con toda razón que la Iglesia hace a los santos, pero que, a su vez, los santos, en cuanto expresión y fruto de la santidad de la Iglesia, son testigos, estímulo y como sacramento de la santidad a la que Dios llama a todo ser humano.

Refiriéndose a las enseñanzas del Vaticano II a este respecto, y a la santidad como una urgencia pastoral de primer orden para la Iglesia en nuestros días, el papa Juan Pablo II escribió en la *Novo Millennio ineunte* lo siguiente:

9 Hablando de la fenomenología de los santos y la santidad en general, considerado como hecho humano presente en muchas religiones, dice G. FILORAMO: “En cuanto mediador, el santo es un punto de referencia para quienes sufren física y psicológicamente y para quienes padecen exclusión económica y social, al tiempo que es también el ‘lugar’ donde se resuelven las contradicciones de la sociedad [...]. Es ‘ejemplo’ de Dios e instrumento de su poder” (“Fenomenología de la santidad”: *Concilium* 351/49 [2013] 335 [cf. 334-336]).

10 *Evangelii gaudium* 183.

11 *Meditación sobre la Iglesia* (Bilbao 1966) 135.

Conviene [...] descubrir en todo su valor programático el capítulo V de la Constitución dogmática *Lumen gentium* sobre la Iglesia, dedicado a la “vocación universal a la santidad”. Si los Padres conciliares concedieron tanto relieve a esta temática no fue para dar una especie de toque espiritual a la eclesiología, sino más bien para poner de relieve una dinámica intrínseca y determinante. Descubrir a la Iglesia como “misterio”, es decir, como pueblo “congregado en la unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo”, llevaba a descubrir también su “santidad”, entendida en su sentido fundamental de pertenecer a Aquél que por excelencia es el Santo, el “tres veces Santo” (cf. Is 6,3). Confesar a la Iglesia como santa significa mostrar su rostro de *Esposa de Cristo*, por la cual él se entregó, precisamente para santificarla (cf. Ef 5,25-26). Este don de santidad, por así decir, objetiva, se da a cada bautizado. Pero el don se plasma a su vez en un compromiso que ha de dirigir toda la vida cristiana: “Ésta es la voluntad de Dios: vuestra santificación” (1Ts 4,3). Es un compromiso que no afecta sólo a algunos cristianos: “Todos los cristianos, de cualquier clase o condición, están llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección del amor”¹².

1. La Iglesia hace a los santos. Es lo que con frecuencia se suele pensar. Pero es importante entenderlo bien. Al afirmar esto no debe uno quedarse solo en el hecho de la declaración o reconocimiento oficial por parte de la jerarquía eclesial de la santidad o grado en la plenitud de vida divina alcanzada por parte de algunos de sus miembros que ya murieron en Cristo¹³. Hay que entenderlo también, y no en menor grado, referido a la Iglesia como camino y ámbito de santidad, en cuanto sacramento del encuentro con Dios: madre que engendra y guía en el desarrollo y crecimiento de la vida que llamamos sobrenatural o de comunión con Dios.

En los siglos más cercanos a nosotros, e incluso hoy día, se ha puesto casi siempre el acento en el primero de los dos sentidos apenas aludidos. Se

12 *Novo millennio ineunte* 30.

13 Cf. JUAN PABLO II, Const. Apostólica *Divinus perfectionis magister* (1983); CONGREGACIÓN DE LAS CAUSAS DE LOS SANTOS, Instrucción *Sanctorum mater* (2007). Precisamente este documento comienza con la frase siguiente: “La Iglesia, Madre de los Santos, custodia desde siempre su memoria, presentando a los fieles esos ejemplos de santidad en la *sequela Christi*”; M. E. RODRÍGUEZ GONZÁLEZ (ed.), *Normativa y orientaciones vigentes para las causas de los santos* (Madrid 2008) 176.

trata, ciertamente, de un aspecto verdadero pero insuficiente, porque lleva a considerar la santidad como algo que sucedió en el pasado, aunque no sea remoto, es decir, como algo que existe fuera de nuestra vida de cada día. No hay que olvidar, sin embargo, que, los que nosotros hoy llamamos o consideramos santos, no nacieron ya tales, sino que, en su día, tuvieron, como nosotros hoy, que recorrer el camino de lo que llamamos santidad, es decir, el proceso de ir formándose y creciendo en el vivir la propia existencia a la luz de la fe en Dios, la comunión con él, y la fidelidad al evangelio; todo ello aprendido y vivido dentro y a través de la comunión eclesial, que es “sacramento”, en sentido amplio, de la santidad de Dios en medio del mundo, como nos recordó el Vaticano II¹⁴.

Cuando se habla, pues, de la Iglesia santa es importante no perder de vista, por una parte, que es Dios, el Dios Trinidad, la fuente de todo cuanto hay en ella de santo y de capacidad de santificar al hombre. Y, por otra, que la Iglesia santa existe a su vez encarnada en tantos hombres y mujeres que acogen en sus vida la llamada de vivir la comunión con el Dios Santo, cada uno según su propio camino y vocación¹⁵.

2. En este sentido no es menos verdad decir que “los santos hacen (construyen) la Iglesia” santa o en cuanto santa. Quizá pueda parecer esta una afirmación un tanto atrevida, aunque es evidente que, si no existen personas que de forma concreta están dispuestas a acoger la santidad que Dios ofrece al hombre a través de la Iglesia, la santidad de ésta se queda reducida, en la práctica, a un proyecto maravilloso por parte de Dios, pero nada más. De ahí que se pueda y deba decir que, de alguna manera, la santidad encarnada en los santos sea constitutiva del mismo ser de la Iglesia; y que, por lo mismo, la santidad no es sólo una cuestión de interés puramente personal o individual¹⁶.

14 Cf. *Lumen gentium* 48; y también 1, 9-12, 33, 35, 37, 39-40, 42.

15 Esta dinámica es algo que no siempre se pone de relieve, pero que, si se mira bien, es muy evidente en el Capítulo V de la *Lumen gentium* (cf. 39-42).

16 Siempre me llamó la atención a este propósito lo se dice en el comienzo del número 9 de la *Lumen gentium*: “En todo tiempo y en todo pueblo es grato a Dios quien le teme y practica la justicia (cf. *Hch* 10,35). Sin embargo, fue voluntad de Dios el santificar y salvar a los hombres, no aisladamente, sin conexión alguna de unos con otros, sino constituyendo un pueblo, que le confesara en verdad y le sirviera santamente”. Ahondando en esta misma línea JUAN PABLO II habló de una “espiritualidad de comunión” como propia y característica de toda la Iglesia (cf. *Novo millennio ineunte* 43-45). Cf. también las críticas que hace BENEDICTO XVI a los planteamientos individualistas de la fe y la existencia cristiana (*Spe Salvi* 13-14, 16, 48).

Por otra parte, los santos estímulo para la santidad de la Iglesia no son sólo los que han alcanzado el grado de beatificados o canonizados, cuya ejemplaridad y coherencia de vida cristiana ha sido ya apreciada por el pueblo de Dios y reconocida oficialmente por la Iglesia en la persona del Papa. Los santos estímulo para la santidad de la Iglesia son, sin duda, también, y no en menor grado, los que hoy viven entre nosotros y recorren con nosotros, y a veces no con menos dificultades que muchos de nosotros, el camino de la fe en Dios y de la fidelidad al evangelio.

Los santos ya canonizados, o en vías de serlo, sí son ciertamente estímulo para toda la Iglesia, llamada a vivir en la santidad de Dios; pero, si esto es posible ahora, después de su muerte, es porque ya supusieron un desafío y una llamada a vivir la santidad de Dios en la Iglesia durante los días de su misma existencia terrena. Y esto fue así en la medida que se tomaron en serio durante la misma no sólo la realización de la propia santidad y fidelidad a Dios, sino también la del entero pueblo de Dios, es decir, la de toda la comunidad eclesial en sentido amplio. O, si se prefiere, en la medida que ellos fueron capaces de ver en el propio camino de santidad la encarnación y realización de la santidad de toda la Iglesia.

Por eso mismo, cuando la Iglesia peregrina hoy en este mundo se mira en ellos, no sólo lo hace pensándolos como seres que participan ya de forma definitiva de la santidad de Dios, sino también, y sobre todo, mirando y mirándose en lo que fueron los diversos momentos y circunstancias de su existencia temporal y de su camino cristiano. Un camino de santidad, por otra parte, que, cuando contemplamos a los santos, comprobamos que admite una gran variedad de formas de realización, aun existiendo muchos puntos comunes en todos ellos.

Digamos, pues, en lenguaje coloquial que, si las viejas glorias son siempre muy importantes y de gran luz para nosotros hoy, la llamada a toda la Iglesia como tal a ser signo de santidad en medio de los hombres sigue siendo un reto de algo a construir por parte de los que vivimos aquí y ahora: los pastores y el común de los fieles cristianos.

3. En nuestros días no sólo se habla de una teología de la santidad, sino también de una “teología de los santos”¹⁷, aunque quizá no es algo que haya

17 JUAN PABLO II, en la *Novo millennio ineunte* 27, habla más bien de “teología vivida de los santos”.

llegado a generalizarse demasiado¹⁸. En todo caso esto ya me parece todo un logro. Pero creo que además se necesita una pastoral renovada de la comunión con los santos. No se trataría en sí mismo de inventar cosas nuevas, sino más bien de recuperar aspectos un tanto perdidos, olvidados o descuidados.

A este propósito me viene a la mente el texto de san Bernardo que se lee todos los años el día 1 de noviembre, en la liturgia de las horas. Este autor místico medieval se pregunta de forma un tanto retórica: “¿De qué sirven a los santos nuestras alabanzas, nuestra glorificación, esta misma solemnidad que celebramos?”. Y responde que todas esas cosas no redundan tanto en beneficio de los santos, sino en el nuestro, por los deseos que suscita, o está llamado a suscitar, su recuerdo en nosotros. Escribe:

El primer deseo que promueve o aumenta en nosotros el recuerdo de los santos es el de gozar de su compañía, tan deseable, y de llegar a ser conciudadanos y compañeros de los espíritus bienaventurados [...]. El segundo deseo que enciende en nosotros la conmemoración de los santos es que, como a ellos, también a nosotros se nos manifieste Cristo, que es nuestra vida, y que nos manifestemos también nosotros con él, revestidos de gloria¹⁹.

No son estas cosas que el santo doctor dice por casualidad y como de pasada. A este tema dedica cinco largos e interesantes sermones, en los que subraya por activa y por pasiva la importancia de la comunión con los que nos han precedido en la fe²⁰.

Quizá en este sentido esté todavía casi sin aprovechar adecuadamente lo que se nos dijo en el capítulo VII de la *Lumen gentium*, titulado, como ya mencioné más arriba: “Índole escatológica de la Iglesia peregrinante y su unión con la Iglesia celeste” (48-51). Cuando se habla de la santidad en el Vaticano II,

18 Uno de los que más ha hablado de esto en las últimas décadas es el carmelita F.M. LÉTHEL (cf. *Connaître l’amour du Christ qui surpasse toute connaissance: la théologie des saints* [Venasque 1989] xxii + 591; *Théologie de l’amour de Jésus : écrits sur la théologie des saints* [Venasque 1996] XVIII + 266; *La luce di Cristo nel cuore della Chiesa: Giovanni Paolo II e la teologia dei santi. Esercizi spirituali con il Santo Padre Benedetto XVI e la Curia Romana, 13-19 marzo 2011* [Città del Vaticano 2011] 293).

19 *Liturgia de las Horas IV* (Barcelona 1980) 1336-1337; SAN BERNARDO, *Obras completas IV*, Sermones (2^o): “En la festividad de Todos los Santos”, Sermón 5^o (Madrid 1986) 563-565 y 569.

20 Cf. SAN BERNARDO, *Obras completas IV*, Sermones (2^o): “En la festividad de Todos los Santos”, 506-573.

especialmente en la *Lumen gentium*, se suele centrar toda la atención en el capítulo V, pero en mi opinión esto lleva a una lectura imperfecta de la realidad de la santidad en la Iglesia. Y se corre el riesgo de verla como algo más bien abstracto o sólo como algo moralístico, por falta de conocimiento de testigos concretos, de carne y hueso como nosotros, con los que poderse confrontar, de alguna manera, en el camino de la llamada a la santidad. Es lo que se nos indica en dicho capítulo cuando se dice:

Mirando la vida de quienes siguieron fielmente a Cristo, nuevos motivos nos impulsan a buscar la ciudad futura (cf. Heb 13,14 y 11,10) y al mismo tiempo aprendemos el camino más seguro por el que, entre las vicisitudes mundanas, podremos llegar a la perfecta unión con Cristo o santidad, según el estado y condición de cada uno. En la vida de aquellos que, siendo hombres como nosotros, se transforman con mayor perfección en imagen de Cristo (cf. 2Co 3,18), Dios manifiesta al vivo ante los hombres su presencia y su rostro. En ellos El mismo nos habla y nos ofrece un signo de su reino, hacia el cual somos atraídos poderosamente con tan gran nube de testigos que nos envuelve (cf. Heb 12,1) y con tan gran testimonio de la verdad del Evangelio²¹.

III. CONVERTIRSE AL DIOS SANTO Y SER TESTIGOS DEL DIOS VIVO

En el camino de la santidad hay un punto en común fundamental entre la experiencia de los santos del pasado y nosotros, los que todavía estamos recorriendo el camino de la existencia terrena: la conversión a Dios como reto, que pasa ciertamente por entrar en la dinámica de la fe (acoger el don de Dios) y los sacramentos de la Iglesia, y que se manifiesta en la vida diaria. En este sentido, los santos, tanto los del pasado como aquellos que viven aún entre nosotros y han alcanzado un grado importante de madurez en su vida de fe, son a su vez para todos nosotros, y para la Iglesia en su totalidad, llamada a la conversión y estímulo para la santidad.

21 *Lumen gentium* 50; cf. 49. También F. RUIZ SALVADOR, "Los santos en la Iglesia y en la teología", en su libro *Caminos del Espíritu*, 313-323.

1. En el ya mencionado documento de Juan Pablo II, *Novo Millennio Ineunte*, se encuentra una vibrante invitación a volver, de alguna manera, el espíritu de los primeros siglos del cristianismo; es decir, a recuperar la relación entre conversión a Dios, bautismo y santidad. Un error quizá de nuestros planteamientos pastorales y espirituales desde hace mucho tiempo ha sido el separar en la teoría y en la práctica esas tres realidades. Esto es lo que se dice en dicho texto:

Poner la programación pastoral bajo el signo de la santidad es una opción llena de consecuencias. Significa expresar la convicción de que, si el bautismo es una verdadera entrada en la santidad de Dios por medio de la inserción en Cristo y la inhabitación de su Espíritu, sería un contrasentido contentarse con una vida mediocre, vivida según una ética minimalista y una religiosidad superficial. Preguntar a un catecúmeno, “¿quieres recibir el bautismo?”, significa al mismo tiempo preguntarle, “¿quieres ser santo?”. Significa ponerle en el camino del Sermón de la Montaña: “Sed perfectos como es perfecto vuestro Padre celestial” (Mt 5,48) [...] Este ideal de perfección no ha de ser malentendido, como si implicase una especie de vida extraordinaria, practicable sólo por algunos “genios” de la santidad²².

Ante esta forma de plantear las cosas no es de extrañar que el papa Juan Pablo II quisiera poner el nuevo milenio bajo el signo de la santidad. Y se comprende mejor el porqué de su conocida predilección por el tema de la santidad y de los santos en el seno de la Iglesia, lo mismo que su compromiso personal por ponerlo de relieve. Un botón de muestra de ello fueron las innumerables beatificaciones y canonizaciones que presidió durante su pontificado²³.

22 *Novo millennio ineunte* 31. Me parece también muy interesante a este respecto el siguiente texto del papa Francisco: (El “camino de respuesta y de crecimiento está siempre precedido por el don, porque lo antecede aquel otro pedido del Señor: ‘bautizándolos en el nombre...’ (Mt 28,19). La filiación que el Padre regala gratuitamente y la iniciativa del don de su gracia (cf. Ef 2,8-9; 1Co 4,7) son la condición de posibilidad de esta santificación constante que agrada a Dios y le da gloria. Se trata de dejarse transformar en Cristo por una progresiva vida ‘según el Espíritu’ (Rm 8,5)” (*Evangelii gaudium* 162).

23 Con las muchas beatificaciones y canonizaciones el papa Juan Pablo II quiso poner de relieve también lo que ya dijo el Vaticano II: que la santidad se puede dar en todas las vocaciones y formas de vida (cf. LG 40-41). Pero esto no excluye la necesidad de una “pedagogía de la santidad verdadera y propia, que sea capaz de adaptarse a los ritmos de cada persona” (*Novo millennio ineunte* 31).

2. En el de Benedicto XVI parece que eso de las muchas beatificaciones y canonizaciones se quiso frenar de alguna manera. Al menos en su vistuosidad eclesial, dado que, por ejemplo, este pontífice delegó casi siempre la presidencia en el caso de las ceremonias de beatificación. En sintonía, por otra parte, con lo que ya se comentó durante los años del Vaticano II, también dichas celebraciones se tuvieron casi siempre fuera de Roma.

Y, sin embargo, los santos y la santidad no han sido menos importantes en el magisterio del papa Benedicto XVI ni en sus manifestaciones sobre el valor eclesial de los mismos. De hecho, a los pocos meses de haber sido elegido como Papa quiso hablar de la santidad y de los santos a los jóvenes reunidos en Colonia (Alemania) para la Jornada Mundial de la Juventud de 2005. Entre otras cosas invitó a mirar a la muchedumbre de santos que Dios nos ha regalado tanto en el pasado como en el presente, “mediante los cuales el Señor nos ha abierto a lo largo de la historia el Evangelio”; santos que han sido tales porque no se han buscado a sí mismos, sino que se han entregado, habiendo sido “alcanzados por la luz de Cristo”²⁴.

Resultan curiosas, por otra parte, las referencias al ejemplo y a la experiencia de los santos que encontramos en las tres encíclicas de Benedicto XVI, sobre todo en las dos primeras (*Deus caritas est* y *Spe salvi*), y en algunos de sus otros documentos mayores, como la *Verbum Domini*. Siempre me he preguntado: ¿por qué incluir dichas referencias, si parece que, al menos en algunos casos, no son estrictamente necesarias desde el punto de vista de la exposición doctrinal?

A esto hay que añadir las muchas catequesis de los miércoles dedicadas por dicho Papa precisamente a dar a conocer algunos de los grandes santos y maestros en la fe de los pasados siglos: desde la primera generación apostólica hasta nuestros días²⁵.

24 Vigilia con los jóvenes, 20 de agosto de 2005. Es interesante también lo que afirmó más adelante en el mismo discurso: “Los beatos y los santos han sido personas que no han buscado obstinadamente su propia felicidad, sino que han querido simplemente entregarse, porque han sido alcanzados por la luz de Cristo. De este modo, nos indican la vía para ser felices y nos muestran cómo se consigue ser personas verdaderamente humanas. En las vicisitudes de la historia, han sido los verdaderos reformadores que tantas veces han elevado a la humanidad de los valles oscuros en los cuales está siempre en peligro de precipitar; la han iluminado siempre de nuevo lo suficiente para dar la posibilidad de aceptar -tal vez en el dolor- la palabra de Dios al terminar la obra de la creación: ‘Y era muy bueno’ [...] Sólo de los santos, sólo de Dios proviene la verdadera revolución, el cambio decisivo del mundo” (*Ecclesia* 65 [2005] 1331).

25 Cf. BENEDICTO XVI, *Sobre el fundamento de los apóstoles: catequesis sobre la experiencia y misión de los apóstoles* (Madrid 2007) 222; *Grandes maestros de la Iglesia de los primeros siglos: de san Clemente Romano a san Máximo el Confesor* (Ma-

Esta forma de proceder no nacía en él solo del respeto a la herencia que había recibido de Juan Pablo II en cuanto a la centralidad de la santidad y de los santos para la vida y renovación de la Iglesia y de la sociedad. Más bien habría que decir que desde sus primeros tiempos de teólogo siempre le gustó realizar, de vez en cuando, pequeñas incursiones y reflexiones, relacionadas con el tema tratado, a partir de la referencia a la vida o enseñanzas de algún santo concreto. Todo ello, por otra parte, hecho con una gran sobriedad. Es así como en sus escritos se puede encontrar precisamente una verdadera teología de la santidad y de los santos²⁶.

Para el Papa Ratzinger la santidad, es decir los santos, es lo que verdaderamente construye la Iglesia y el mundo según Dios. Pero esto exige necesariamente la conversión a Dios y al evangelio. El resto importa sólo secundariamente.

3. A propósito de lo que vengo diciendo me parece muy aleccionador lo que el teólogo Ratzinger nos dice respecto de Teresa de Lisieux y Juan XXIII en su libro *Teoría de los principios teológicos*²⁷. Hablando de la fe como don y tarea, hace referencia a la opinión de Ida Friederike Görres sobre Teresa de Lisieux. Comenta que dicha autora “estaba convencida de que santa Teresita no era un caso aislado [...] (sino) sólo el prototipo de todo un movimiento de pequeños santos que, a finales del siglo (XIX), sin conocerse los unos a los otros, surgieron silenciosamente en la Iglesia, como obedeciendo a una ley tácita, y recorrieron su propio camino”²⁸.

drid 2009) 418; *Grandes escritores de la Iglesia medieval: de san Juan Críspino al beato Juan Duns Escoto* (Madrid 2010) 332; *Grandes mujeres en la historia de la Iglesia* (Madrid 2011) 192; *Santos doctores de la Iglesia* (Madrid 2013) 404.

26 Hace ahora algo más de veinte años, decía a este propósito el entonces cardenal J. RATZINGER: “Practicar la teología, dedicarse a la búsqueda y a la docencia teológica, no equivale a empeñarse en un trabajo frío y desencarnado, sino ocuparse de un Dios que es amor, y al que se accede a través del amor [...] Resulta oportuno, e incluso necesario (por ello), que en cuanto teólogos escuchemos la palabra de los santos para descubrir su mensaje: un mensaje multiforme, por cuanto los santos son muchos y cada uno ha recibido un carisma particular; y al mismo tiempo unitario, porque los santos remiten al único Cristo, al que se unen y cuya riqueza nos ayudan a penetrar” (“Acto de apertura. Mensaje inaugural del Cardenal Joseph Ratzinger”, en: M. BELDA *et alii*, *Santidad y mundo. Estudios en torno a las enseñanzas del beato Josemaría Escrivá* [Pamplona 1996] 29-30). Para una visión más amplia, cf. la interesante síntesis de G. DEL POZO ABEJÓN, *Hacia una teología de los santos en J. Ratzinger: Teresa de Lisieux* (Madrid 2013) 61.

27 Cf. J. RATZINGER, *Teoría de los principios teológicos* (Barcelona 1985) 75-76. La edición original alemana de esta obra es de 1982, pero el texto al que me refiero aquí procede de un artículo de 1972.

28 *Ibid.*, 75. Ratzinger se refiere a las opiniones que I. F. GÖRRES escribió al respecto en su obra: *Zwischen den Zeiten* (Olten-Friburgo 1960) 270-273.

Pero entonces, si en nuestro tiempo puede que haya docenas de personas así, ¿por qué Teresa de Lisieux ha hecho tanto ruido? A esa pregunta responde la Görres que quizá porque era joven y guapa, y se la representa de una forma dulce. Por eso, en su opinión, habría que plantearse “si Teresita habría despertado el mismo eco poderoso en el caso de que hubiera sido irremediablemente fea, cheposa, por ejemplo, o bizca, o ya muy vieja”²⁹.

Ratzinger afirma que no está de acuerdo con dicha opinión. De ahí la referencia que hace a continuación a Juan XXIII, que me parezca muy acertada y muy oportuna a este respecto. Quizá más comprensible en el tiempo que en dicho texto fue escrito, es decir, en los años del inmediato posconcilio (como ya dije, el artículo de Ratzinger se publicó por primera vez en 1972), pero hoy también igualmente sugerente. Dice así:

A mí parecer, tenemos hoy una especie de respuesta a esta pregunta. Y es una respuesta sorprendente. Pienso, en efecto, que todos hemos podido ser testigos de un santo de esta “ola”: Juan XXIII. Cuando se lee su *Diario*, la primera impresión es de desilusión y cuesta trabajo creer que este cultivador de una ascética seminarística pasada de moda y el gran papa de la renovación sean la misma persona. Pero sólo contemplando las dos cosas juntas, sólo viéndolas bien, puede captarse el conjunto. Este *Diario*, iniciado en una época en la que todavía vivía santa Teresita, es, en realidad, un “pequeño camino”, no el camino de la grandeza [...] Y precisamente al avanzar por este camino, por esta sencillez y esta paciencia de la diaria permanencia, que sólo puede conseguirse mediante la renovación, el cambio diario, al progresar por esta senda, es cuando se alcanza una sencillez espiritual definitiva que hace al hombre clarividente y que confiere a un anciano bajo y gordo una belleza que brota de la luz interior. Aquí todo es don y todo es confesión: *metanoia* que hace cristianos y forja santos. “Probablemente hay docenas de personas así”, dice I. F. Görres. En realidad, todos deberíamos intentar unirnos a este grupo. Porque sólo entonces somos cristianos de verdad³⁰.

29 I.F. GÖRRES, 270; citado por RATZINGER en: *Teoría de los principios teológicos*, 76.

30 RATZINGER, *Teoría de los principios teológicos*, 76.

IV. SANTIDAD Y MISIÓN

En la introducción a su obra sobre Teresa de Lisieux, H.U. von Balthasar escribió unas interesantes reflexiones sobre la relación entre santidad, santos e Iglesia, que, a pesar de los años transcurridos, por muchos motivos siguen teniendo una gran actualidad³¹. Distingue entre diferentes clases de santos, pero curiosamente no tanto según criterios de mayor o menor santidad alcanzada o según los modos o caminos seguidos para alcanzarla. A este respecto ya el Vaticano II afirmó que no existe más que una y misma santidad en cualquier clase de vida y profesión (cf. LG 40-41). Lo que Balthasar afirma fundamentalmente es que, dentro del campo de la vida cristiana y de la santidad, algunos santos se manifiestan como personas con una misión especial confiada por Dios para la construcción de la Iglesia. Intentaré hacer aquí una síntesis de lo que él escribió en el texto al que me he referido, que es de los primeros años cincuenta del siglo pasado.

Empieza su discurso distinguiendo entre “santidad objetiva”, la de la Iglesia como institución, que la ha recibido de Dios para comunicarla a los hombres, y “santidad subjetiva, personal y vivida que, más bien, y a la postre, todo lo institucional y objetivo se da en ella por la razón única de esa vida”³². Por otro lado, “si la santidad subjetiva de los miembros de la Iglesia es el fin de la institución eclesial, ese fin, sin embargo, no se puede adquirir en otra parte que en la Iglesia [...] y para la Iglesia”, que como Cuerpo de Cristo, sólo “se edifica por realización, en todos sus miembros, del espíritu de amor a Dios y al prójimo, hasta el perfecto desprendimiento de sí mismo”³³. Según esto la santidad cristiana no es compatible con una visión de la misma que acentúe o se reduzca a la búsqueda de uno mismo³⁴.

Por otra parte, esta santidad, que para un cristiano se identifica con la caridad, no se reduce a una pura arbitrariedad subjetiva a la hora de entregarse a Dios y a los hermanos, sino que se ha de entender a partir de la objetividad del Espíritu que distribuye ministerios y carismas para la edificación de la Iglesia. Por eso se afirma que: “En la misión que cada uno recibe, se cifra esen-

31 Cf. H. U. VON BALTHASAR, *Teresa de Lisieux. Historia de una misión* (Barcelona 1957) 15-36. El original alemán es de 1950.

32 BALTHASAR, *Teresa de Lisieux*, 15.

33 *Ibid.*

34 Cf. *Ibid.*, 16.

cialmente la forma de santidad que se le da y se le exige”³⁵. Pero en la realización de esta llamada propia y específica de cada uno a la santidad se darían sin embargo, según nuestro autor, infinitos matices, porque aquí entra en juego no sólo la diversidad de designios divinos, sino también la libertad y creatividad de cada uno a la hora de llevarlos a cabo³⁶. Y aquí es donde Balthasar engancha su discurso sobre la distinción entre dos clases fundamentales de santidad: una ordinaria y otra particular y diferenciada, que explica así:

Hay [...] un llamamiento a la santidad ordinaria, que el cristiano ha de realizar normalmente dentro de la Iglesia y la comunidad, y hay una vocación a una santidad particular y diferenciada, a que Dios, para bien de la Iglesia y de la comunidad, levanta a un individuo como ejemplo singular de santidad³⁷.

Pablo sería el ejemplo más eximio de este tipo de santidad más particular y diferenciada. En todo caso, siempre se trata de un puro don de Dios, como lo han sentido y vivido también muchos santos y muchos fundadores. El no tener esto en cuenta ha hecho sin embargo, afirma Balthasar, que en la historia no hayan faltado algunos que se han arrogado una misión que Dios no les había encomendado³⁸. Y que otros se hayan echado para atrás por falta de valor y decisión a la hora de llevar adelante lo que Dios les encomendaba³⁹.

Dando un paso más, nuestro autor añade una nueva distinción sobre la santidad, que sólo en parte puede coincidir con la anterior. Dentro del mismo cuerpo de Cristo y de la misma santidad, habría caminos y misiones que ponen de relieve especialmente más la santidad de Dios que la perfección humana lograda con la ayuda de la gracia y la fuerza del Espíritu. Se trataría de diferenciar entre un tipo de santidad, que parece ir más de Dios al hombre,

35 *Ibid.* Unas líneas más abajo Balthasar comenta a este propósito que “de ahí, pues, que la santidad es algo social” (*Ibid.*). Una idea que la podemos ver también en la reciente exhortación del papa FRANCISCO, *Evangelii gaudium* 183, como ya he indicado más arriba.

36 Cf. *Ibid.*, 17.

37 Cf. *Ibid.*, 18.

38 Sobre esta misma idea BALTHASAR insistió en escritos posteriores: cf. “Teología y santidad”, en: *Ensayos teológicos I: Verbum caro* (Madrid 1964) 282-283; “El evangelio como criterio y norma de toda espiritualidad en la Iglesia”: *Concilium* 9 (1965) 23.

39 Cf. BALTHASAR, *Teresa de Lisieux*, 18-19.

y otra, en la que se pone más de relieve el camino que va del hombre a Dios. Cada una de estas dos santidades tendría una misión especial en la realización de la santidad de la Iglesia:

Hay misiones, dice, que parecen disparadas como rayos del cielo sobre la Iglesia y que han de presentar a ésta una voluntad única e inequívoca de Dios. Y hay, por otra parte, misiones que brotan del seno de la Iglesia y de la comunidad, del seno de las órdenes religiosas, y que, por su pureza y consecuencia, se convierten en modelos para los demás. Las primeras vienen de Dios y se implantan en la Iglesia; y la Iglesia, si quiere obedecer al Espíritu Santo, tiene que recibir las y edificarse en la plenitud concreta de su santidad. Las otras proceden de la Iglesia, son flores que su suelo feraz ha producido, y son por ella ofrecidas a Dios como primicias de sus frutos [...] Los predilectos del pueblo son los santos del otro grupo. Aun cuando son mucho menos imitables directamente, el pueblo sabe por instinto que ellos son los grandes regalos que Dios le hace, no sólo como patronos a quienes se puede invocar en determinadas necesidades, sino como grandes lumineros de consuelo y de fervor que Dios ha colocado en medio de su Iglesia [...] Para el teólogo, esos santos son más bien una exposición de la revelación, un enriquecimiento de la doctrina, en torno a rasgos pocos observados hasta ahora⁴⁰.

Sobre la relación entre teología y santidad Balthasar volverá más adelante en otros de sus escritos⁴¹. Pero el planteamiento que esboza ya aquí a este respecto, con todos los límites que tiene su ulterior explicación por parte de dicho autor, marca, sin duda, un hito y un cambio de dirección necesaria en la Iglesia y en el quehacer teológico⁴². Desafío y reto que, en mi opinión,

40 *Ibid.*, 19-21.

41 Cf. BALTHASAR, "Teología y santidad", en: *Ensayos teológicos I*, 235-268; "Espiritualidad", en: *Ibid.*, 269-289.

42 En las últimas décadas también algunos autores han hablado a este respecto de la "teología como biografía", pero no ha sido algo que haya tenido mucha acogida. Aparte de que quizá tal expresión reduzca demasiado la perspectiva desde la que tendría que darse la interacción entre las aportaciones de los santos y de otros grandes creyentes, a partir de su propia misión en la Iglesia, y la tarea teológica (Cf. J.B. METZ, "Teología como biografía. Una tesis y un paradigma": *Concilium* 115 [1976] 209-218; M. SCHNEIDER, *Teología como biografía. Una fundamentación dogmática* [Bilbao 2000] 97).

no ha sido aún suficientemente asumido hoy por la teología⁴³. Ciertamente no todos los santos, como ha quedado dicho, están llamados a construir la Iglesia santa de la misma manera. Pero, de ahí a reducir la misión de los santos sólo al campo puramente personal o cultural de nuestra relación con ellos, va un buen trecho.

En mi opinión, si no se incorporan las aportaciones de los santos, al menos de ciertos santos con una misión especial, a la realidad de la tarea teológica, acaba perdiendo fuerza no sólo la teología, sino también la comprensión de lo que han de significar los santos y la misma santidad en la vida del Cuerpo de Cristo, es decir, de la Iglesia⁴⁴.

43 Sin embargo en el magisterio de BENEDICTO XVI sí encontramos directrices en este sentido: cf. *Verbum Domini* 14 y 48; y la homilía de este mismo Papa a la Comisión Teológica Internacional el 1 de diciembre de 2009 (cf. *Ecclesia* 70 [2010] 205-206). También son interesantes a este respecto la reflexiones que dicha COMISIÓN TEOLÓGICA INTERNACIONAL dedicó en su documento: *La teología hoy: perspectivas, principios y criterios*, nn. 86-99 ("Ciencia y sabiduría") (Madrid 2012) 77-87.

44 Con un lenguaje más que nada desiderativo y profético, M.-J. LE GUILLOU dice en la Conclusión de su obra *Los testigos están entre nosotros. La experiencia de Dios en el Espíritu Santo* (Madrid 2013), cuyo original francés es, por otra parte, de 1975: "Ya se va perfilando un poco por todas partes: (...)

-Una necesidad de redescubrimiento de los grandes santos de la tradición de la Iglesia, de los Padres de la Iglesia, de los teólogos de la Edad Media y de la Edad Moderna, de los grandes maestros espirituales, que nos ayudan a penetrar en la vida de la tradición eclesial.

-Una aspiración a la revitalización del tejido eclesial y de todas las funciones en la Iglesia, dentro de una visión renovada de la complementariedad de los miembros del Cuerpo de Cristo, junto con una puesta en relieve de los dones recibidos por cada uno, es decir, los carismas" (266-267).

Esto es lo que ciertamente dicho autor intentó hacer en la obra que acabo de citar. Hoy, después de los años transcurridos desde la fecha en que eso se escribió, no hay duda de que todavía queda mucha tarea por hacer en esa línea.